

Nuevas conflictividades en el mundo global

EDITORIAL

Dedicar un número de una revista de Relaciones Internacionales al análisis de los conflictos armados que se denominan “internos” es, sin duda, el reflejo de cambios importantes tanto en el panorama internacional como en la disciplina de Relaciones Internacionales. A pesar de que desde la Segunda Guerra Mundial ha habido más conflictos internos que interestatales, la disciplina centró su agenda de investigación durante décadas en estos últimos, marginado el análisis de los primeros. Sin embargo, con el final de la contienda bipolar y del peligro de una confrontación nuclear, los conflictos internos han pasado a ser considerados una de las principales amenazas a la seguridad global, estrechamente vinculados al terrorismo internacional, el crimen organizado transnacional o el fenómeno migratorio.

Algunos piensan que la creciente relevancia de estas “nuevas conflictividades” se debe a los intereses político-económicos de ciertos actores internacionales que las perciben como amenazas a su seguridad y que han puesto en marcha diversas iniciativas para controlar y “pacificar” a una periferia que conciben en desorden. Para otros, dichas conflictividades constituyen la experiencia cotidiana de gran parte de la población mundial que vive en los márgenes del sistema internacional. En todo caso, no hay duda que hoy en día los conflictos “internos” ocupan un lugar central en la agenda política internacional y, de forma creciente, dentro de la disciplina de Relaciones Internacionales; una ciencia que, debido a los paradigmas y conceptos dominantes (estatocentrismo, estructuralismo, etc.), se encuentra con importantes dificultades analíticas y

conceptuales para *aprehender* dichos fenómenos. Por ello, este número de la revista intenta mejorar nuestra forma de *entender* su origen, causas, dinámicas, actores, así como la violencia en ellas desplegada, desvelando, por un lado, los procesos históricos en los que se insertan y, por otro, los cambios sociales y políticos que producen. También se aproxima al debate sobre seguridad que ha surgido en los últimos años entre quienes defienden el concepto tradicional de seguridad nacional y quienes abogan por nuevos conceptos (“seguridad humana”) que recojan las nuevas (y viejas) amenazas no sólo para los países más poderosos sino para la inmensa mayoría de la humanidad.

A varios de los autores de este número les une el deseo de acercarse a las nuevas conflictividades (conflictos internos, terrorismo internacional, etc.) sin estigmatizarlas, alejándose de aquellos análisis que tienden a reducirlas al exotismo de la barbarie o el fanatismo, cegados quizás por la espectacularidad de la violencia que muchas veces se despliega en ellas, en especial, contra la población civil. Los artículos de David KEEN, Koen VLASSENROOT y Patrick CHABAL, nos invitan a descorrer el velo de la aparente irracionalidad de la violencia por la que se producen los conflictos “internos” africanos. Pretenden entender, por un lado, su funcionalidad y, por otro, desvelar los factores históricos y contemporáneos, exógenos y endógenos que están en su génesis, así como el contexto de interacción social donde se producen. Con este enfoque, estos autores ponen en cuestión la narrativa dominante que suele explicar esa violencia como “nuevas guerras por recursos” (Mary KALDOR), como conflictos privatizados donde el estado ha entrado en un proceso de descomposición (o colapso) y donde el principal motor de la violencia es la “codicia” (*greed*); esto es, el control de lucrativos recursos naturales como diamantes, madera, minerales, coltán, etc., (Paul COLLIER y Anke

HOEFFLER). También critican a aquéllos que se han precipitado en identificar la amplia extensión de la violencia armada (y su particular intensidad) con las condiciones de anarquía que, se dice, caracterizan el colapso de los estados postcoloniales (William ZARTMAN).

Nuestros autores abogan, por el contrario, por incorporar al análisis de la génesis de la violencia, la existencia de importantes “agravios” (*grievances*) vinculados a las diversas trayectorias de los estados africanos. Unos estados que, a partir de los ochenta, entrarán en crisis debido tanto a factores endógenos (la crisis de un sistema neopatrimonial que generaba importantes procesos de exclusión social y política) como exógenos (la crisis económica internacional y el estrangulamiento de los flujos de ayuda del patronazgo de la Guerra Fría). Aunque el ejercicio del poder de dichos estados ha estado muchas veces teñido de violencia y represión será, como nos dice CHABAL, en el contexto de la crisis del neopatrimonialismo donde se produce la actual violencia armada y donde se entiende su banalización como instrumento de luchas políticas y económicas.

Este proceso es especialmente visible en la República Democrática del Congo (RDC), donde el proceso de “colapso” del estado “mobutista” dará lugar, más que a la anarquía, a un “neopatrimonialismo sin estado”, feroz y violento (Timothy RAEYMAKERS). Sin embargo, en la lucha por los recursos y el control estatal, los llamados *señores de la guerra* han ido generando lo que VLASSENROOT denomina “estructuras informales de gobierno” con las que, en alianza con élites locales políticas o económicas y con actores internacionales (multinacionales, empresas de seguridad privada, etc.), controlan las redes de comercio locales e intraregionales. El artículo de VLASSENROOT y RAEYMAKERS nos muestra cómo estas redes

transnacionales son mucho más que meras estructuras comerciales y económicas e incorporan una clara dimensión política por su capacidad de controlar población y territorio, de resolver conflictos sociales, de redistribuir riqueza. Forman lo que Mark DUFFIELD denominó “complejos políticos emergentes”, cuyo origen responde, muchas veces, a agravios derivados de las prácticas depredadoras y excluyentes de los estados postcoloniales (Janet ROITMAN). En este contexto, la violencia no resulta algo irracional sino funcional a los objetivos y fines de dichos complejos políticos.

Los “complejos políticos emergentes” plantean una serie de desafíos a la disciplina de Relaciones Internacionales. Se trata de nuevos centros de poder y autoridad que compiten (o se solapan) con los estados nación por el control de población y territorio, lo que nos obliga a repensar los significados de conceptos como “estado”, “soberanía”, “autoridad”, “legitimidad”. Su carácter trasnacional nos muestra los límites del paradigma estatocéntrico dominante en la disciplina e invita a explorar las potencialidades de paradigmas alternativos que nos permitan aprehender mejor estas nuevas realidades que conectan lo global y local. Asimismo, esos “complejos político emergentes” suponen un reto para la comunidad “constructora de paz” que, dominada por la narrativa de las “nuevas guerras”, no suele tener en cuenta la existencia de dichos complejos trasnacionales. Así ha ocurrido, como nos muestra VLASSENROOT, en la RDC donde la intervención internacional se ha centrado en “incentivar” a los *señores de la guerra* para que dejen las armas, y en ofrecerles un lugar cuando se reconstruya el estado. También ha buscado la rápida celebración de elecciones como si fueran por sí solas a solucionar los problemas del país, al igual que ocurrió en Liberia en la primera guerra (1990-1997).

Al reducir el conflicto a una lucha entre *señores de la guerra* por los recursos, no se incide sobre el funcionamiento de esos complejos políticos, ni se actúa sobre los “agravios” en los que muchas veces descansa su formación. Tampoco se entiende la forma en que la violencia armada se ha institucionalizado, convirtiéndose en un elemento estructurante de la vida económica, social y política. Ese olvido puede haber contribuido a que muchas misiones de paz fracasasen al no incidir en las causas, dinámicas y autores que generan el conflicto. Como señala el Banco Mundial, en los últimos años, el 44% de los procesos de paz han fracasado antes de los cinco años y más del 50% a los diez.

Parte del problema está en pensar que la ausencia de un gobierno central genera inevitablemente la parálisis (o derrumbe) de toda organización social, económica y política. Una mirada más atenta a Somalia, el caso estrella de “colapso estatal” nos desmitifica lo que muchas veces se pinta como un fenómeno homogéneo de anarquía generalizada. Más bien, tal y como nos cuenta Judith GARDNER, lo que ha surgido son diversas formas de gobierno en las diferentes partes del país. En algunos casos, se han construido alrededor del consenso entre los nuevos líderes, las autoridades tradicionales, los movimientos de la sociedad civil o los acuerdos interclánicos como es el caso de Somaliland. En otros, los nuevos “complejos políticos emergentes” se han ido asentados sobre estructuras y dinámicas existentes antes de la guerra (los linajes clánicos) o reconstruidas (como las cofradías religiosas) pero también en conexiones transnacionales (con gobiernos como el etíope, el de Arabia Saudita, grupos islamistas, etc.). Lo que no se ha dado es, como sostiene parte de la Academia, la destrucción y *tabula rasa* del tejido

socio político; aspecto que debería tenerse mucho más en cuenta en la actuación de la comunidad internacional en ese país.

Nos encontramos, por tanto, con que las dinámicas de las mal llamadas “nuevas” guerras generan nuevos intereses y estrategias de acumulación (no sólo económicas sino también políticas) tanto por parte de actores locales como regionales e internacionales. La guerra se aleja así de forma creciente de la concepción tradicional como el enfrentamiento entre dos o más facciones cuyo principal objetivo es ganar, y pasa a adquirir vida propia y a retroalimentarse; algo que no es una característica *suis generis* del continente africano, sino de otras conflictividades como la Guerra contra el Terror. Como sostiene KEEN en su artículo, esta última no puede explicarse sólo por la búsqueda de ciertas ganancias políticas o económicas; más bien resulta de la confluencia de los intereses y objetivos de diferentes actores internacionales para quienes ese clima de guerra resulta altamente ventajoso (en este caso el *establishment* militar, empresas de reconstrucción posconflicto, compañías petrolíferas, grupos económicos, los medios de comunicación, etc.). “Beneficios” que para nuestro autor se extienden a algunos actores africanos.

Efectivamente, el discurso de la “Guerra contra el Terror” ha sido utilizado por muchos gobernantes africanos para obtener apoyos a nivel internacional, para resolver problemas internos (crisis del estado, represión de la oposición, etc.). Como nos muestra KEEN, para algunos gobiernos (Ruanda, Uganda) su apoyo a la invasión de Irak ha servido para conseguir la complicidad y el silencio de EE UU y Reino Unido sobre su propia intervención en la RDC. Otros gobiernos (Angola, Somalia) han redefinido a los movimientos rebeldes como “terroristas

internacionales” para deslegitimarlos y justificar la represión contra ellos o contra la población civil.

Estas conexiones internacionales ponen de nuevo de relieve la naturaleza profundamente transnacional de los conflictos que, desde los discursos oficiales, siguen construyéndose como “internos” cuando están profundamente internacionalizados. Y no lo están sólo, como sostienen las versiones más economicistas hoy en día muy en boga, por las oportunidades económicas que el actual contexto de globalización parece haber brindado a la avaricia de unos cuantos *señores de la guerra*. También es necesario subrayar cómo detrás de esa foto fija, hay otras historias que nos hablan de otras conexiones entre lo interno, local, y lo externo, global, y que también participan en la conformación de las nuevas conflictividades. Esas historias resaltan el impacto de las políticas económicas internacionales, de los Planes de Ajuste Estructural, de las políticas proteccionistas de los países desarrollados, de las reglas de la Organización Mundial del Comercio (OMC), del comercio de armas (cuyos principales productores son los países donantes de Ayuda Oficial al Desarrollo, de la carga de una deuda externa injusta e ilegítima, etc. Aspectos todos ellos que han generado (junto a factores internos como las políticas de muchos dirigentes africanos) fuertes agravios sociales, así como sentimientos de rabia y frustración en muchos de los jóvenes que, a menudo por la falta de otras opciones sociales, integran los movimientos armados. Asimismo, la difusión global de los estilos de vida del norte alimenta las frustraciones de dichos jóvenes que se reivindican desde el discurso de los derechos humanos (véase KEEN), desvelándose así nuevas conexiones entre lo local y lo global.

En definitiva, al iluminar la complejidad y el carácter transnacional de las nuevas conflictividades, estamos afirmando, como hace Keen BOOTH y Peter VALE en su artículo, la necesidad de respuestas y estrategias verdaderamente globales. Respuestas que requieren dotar de nuevos significados a los conceptos de seguridad que emergen en los años noventa. Sin negar la relevancia de las dinámicas locales, nacionales o regionales de los conflictos, es importante reconocer que la violencia se conforma en la actualidad en un espacio por definición transnacional, por lo que las amenazas a la seguridad (no sólo de los estados sino, sobre todo, de las poblaciones) provienen también de lo global. Por ello, es necesario “repolitizar” los análisis sobre la globalización (véase número 4 de la revista) y considerarla parte integrante de los análisis explicativos (y por tanto sometido a un examen crítico) de las nuevas conflictividades.

En este sentido sería bueno recordar, como hacemos en este número, una de las obras clásicas de Relaciones Internacionales: *Man, the State, and War* de Kenneth WALTZ quien ya en 1959 señalaba la necesidad de explicar la guerra no sólo desde factores individuales (la naturaleza egoísta del ser humano) o desde el carácter de los estados (regímenes autoritarios, democráticos), sino incorporando el análisis de los factores sistémicos. En efecto, los “*homo economicus*” (los señores de la guerra), los estados (fallidos o no) no existen en el vacío sino que son conformados por (y a su vez conforman) el sistema internacional. Un sistema sometido a cambios importantes desde el final de la Guerra Fría, derivados del proceso de globalización y del fortalecimiento de las conexiones entre lo global y lo local en muchos ámbitos de la vida y, en especial, en los contextos de los “conflictos internos”, desdibujándose su carácter interno. Sin embargo, también se observan ciertas continuidades, por ejemplo, en los discursos que buscan

individualizar e “internalizar” el mal y las causas de la guerra. Al igual que en el pasado se demonizó al comunismo y la URSS, hoy día asistimos a la criminalización de los *señores de la guerra* en África o a la deshumanización de presuntos terroristas que pueden sustraerse del ámbito de la justicia y el derecho; subyacente la idea de que la paz reside en la erradicación de los “desviados”, sean estados o individuos.

Otra de las continuidades es la exclusión en las narrativas sobre las nuevas conflictividades de gran parte de la población mundial, aquella que las sufre en mayor medida, (conflictos “internos”, terrorismo internacional, “Guerra contra el Terror”). Se les sigue construyendo en los discursos oficiales (y en la propia disciplina) como víctimas pasivas y, a veces, como convidados de piedra. Se invisibilizan así sus historias, sus estrategias de resistencia y/o acomodación a la violencia. Por ello, el artículo de GARDNER se centra en desvelar los micro-escenarios en los cuales las mujeres somalíes despliegan sus estrategias: como combatientes, agentes de paz, agentes económicos, refugiadas, desplazadas internas. Se muestra cómo capitalizan muchas veces su rol de género en sus iniciativas de paz, como el conflicto abre espacios de cambio y transformación de su papel en la sociedad. Igualmente se olvida como muchas mujeres actúan como agentes de paz (junto a otros actores sociales: líderes comunitarios, defensores de derechos humanos, etc.) articulándose en redes transnacionales (junto a movimientos internacionales de derechos humanos, actores del mundo humanitario, medios de comunicación). Aspectos todos ellos tantas veces olvidados por la comunidad “constructora” de paz pero tan importantes para definir el futuro de estas sociedades y del propio espacio global. Este es también uno de los retos a

los que se enfrenta la disciplina de Relaciones Internacional: dar voz a los relatos, a los actores y actoras olvidados.